

de madera. Empiezo ya a sentir calambres. ¡Ese animal que iba a llegar en seguida! Me refiero al caballo que Hubert lleva al paso, para que descanse de la larga carrera... Aquí se siente seguro... Deja al animal que respire a sus anchas... Entretanto, estoy en una postura fatigosa... De todos modos, debiera apresurarse un poco...

»Estos calambres... estos calambres...

»¡Ah! Y cómo anda el caballo... Ahora el animal (esta vez me refiero a Hubert) hace trotar a la bestia... Bueno... Siento un hormigueo en los pies. ¡Chist! Hubert lleva al paso al caballo...

»¡La paciencia que ha de tener un espantajo!

»Ahora trota ligero... Por fin ya está aquí... Empuño el revólver con la diestra... Pasan unos segundos; percibo ya el jadear del caballo...

»¡Mil diablos! No me bastaba el hormigueo de los pies, cuando he aquí que, en este preciso momento, *una mosca*, mosquito o pulgón, cualquier cosa, viene a posarse en la punta de mi nariz, y con una palmada inconsciente de mi mano izquierda me propino un resonante sopapo. ¡Un tiro! La bala hace saltar mi sombrero...»

CAPÍTULO XII

Será nuestro combate el de dos torrentes,
o el choque de dos vientos que vengan de puntos diferentes...
Seremos dos hogueras cuyas llamas enemigas
se lancen a devorarse con furia inaudita.

(Obras completas de Rouletabille.)

ROULETABILLE llevó tan a mal este ridículo incidente, que pudo costarle la vida, que sus notas sobre el combate que siguió son muy concisas, y sería muy difícil sólo con ellas reconstituir los episodios.

Afortunadamente, Rouletabille era a ratos expansivo y hablador, y he aquí cómo contó el suceso antes de tener el capricho de ponerlo en verso, cierto día de melancólica tristeza...

«Sentí el soplo de la bala, pero la conciencia de mi propia estupidez me dejó tan atontado, que me quedé con la cabeza descubierta, expuesto a los bríos de Hubert, que, naturalmente, me reconoció en seguida. Pudo, pero no creyó conveniente asesinarme. Y lo

pudo hacer sin exponerse, pues la manga del espantajo envolvió completamente mi mano derecha, que así la browning y no podía desenredarla. Hubert estaba a caballo y yo a pie; sin duda, pensó que había yo perdido o dejado en alguna parte la cabalgadura y podía desentenderse de mí picando espuelas, lo que hizo sin más tardanza.

»Odette, que iba delante en la silla, no lanzó un grito. Creí que iba amordazada o quizás desvanecida...

»Desembarazado, a costa de mil esfuerzos, de aquel funesto espantajo tenido por mí un momento como el más ingenioso hallazgo de mi vida, puse los pies en polvorosa. Hubert, viéndome correr detrás de su caballo, veloz como el viento, echóse a reír... con insultante sonrisa, que me espetaba a guisa de pos-trer adiós.

»Así llegó el bandido a la montaña. Allí pudo respirar después de la correría... Media hora después, poco más o menos, reanudó la marcha a todo correr. Repito que podía respirar tranquilo, pues la frontera estaba cerca, y además todos los habitantes de aquellos parajes le habrían socorrido a la primera llamada. De pronto sintió como un crujido de desplomamiento a su izquierda. Volvió la cabeza y me vió llegar hacia él con el ímpetu de un torrente.

»Esta vez iba yo también montado.

»Había escondido mi caballo entre dos repliegues

del terreno, detrás de los primeros contrafuertes, en un paraje admirablemente estratégico, me atrevo a decir, pues un escabroso atajo me llevó a él en línea recta, y otra vereda venía un poco más lejos a cortar la carretera que, en gran rodeo, flanquea el monte... Así, que nos encontramos cara a cara y chocamos en cuanto de nuevo empuñó las riendas...

»El ridículo desenlace de la anterior aventura me había vuelto loco de rabia. Iba dispuesto a acabar con tan insoportable sujeto.

»El choque fué brutal: nuestros caballos se encabritaron relinchando y babeantes como si fuesen a comerse, y esto, por lo pronto, me salvó.

»Yo esperaba derribarle, pues no me atrevía a disparar por consideración a Odette... Pero Hubert me tiró a quema ropa, y allí me dejara deshecho si mi caballo, empinado sobre las patas traseras, no me hubiera servido de escudo. El potro recibió en el pecho tres balazos y los demás sólo me rozaron, mientras con mi caballo fuí rodando, hasta dar en el lecho polvoriento de la carretera. Tuve la fortuna de no caer debajo del caballo, y en un segundo me puse de pie: en seguida salté a las narices del caballo de Hubert... Le llevaba esta vez ventaja, pues agotada por mi adversario la cartuchería, se hallaba desarmado ante mí. Le grité que se rindiera, disparando a mi vez el arma a la cabeza de su cabalgadura; pero, ¡ay!, un furioso puntapié que me dió en el pecho, me desvió

el arma y me arrojó brutalmente contra la roca, aturcido y ensangrentado...

»Escupí sangre y enloquecí de rabia. Para nada me sirvió la picardía, pues acababa de ser vencido en estúpido combate. ¡Hay días de mala suerte! Por lo demás, nada me salía bien desde mi *percance* en el ferrocarril, desde que la bruja Zina vino a *curarme*... ¡Seguramente me aojó!

»En esto Hubert desapareció con Odette, que parecía muerta, entre sus brazos.

»Luego les vi aparecer en otra cima... Una bandada de cingaros corrió hacia él...; les habló indicándoles con el brazo extendido mi dirección; gritos de furor llegaron a mis oídos, y, reuniendo todas mis fuerzas, me deslicé como un reptil por un hoyo abierto en la roca, cisterna o antro, cuya entrada celé apresuradamente con zarzas.

»Llevé conmigo hasta allí mi bagaje, mi *neceser de viaje*, como le llamaba, envuelto en la manta. Estaba decidido a perecer en aquella madriguera, si fuese acaso descubierto, vendiendo, claro está, mi vida lo más cara posible. Pero me dejaron tranquilo. Pasaron junto a mi cueva sin recelar siquiera mi estada; pero yo no estaba contento de mí mismo. No rayé a mi altura *por una mosca*.

»Y todavía dice un señor en una de sus obras que siempre se necesita de algo más pequeño que uno.»

CAPÍTULO XIII

Nuestros abuelos fueron
los que le construyeron
este obscuro calabozo.

ANÓNIMO.

SEVER-TURN! Tus viejas casas, húmedas y decrepitas; tus murallas vacilantes; tus calles profundas; tus fachadas leprosas; tu palacio ruinoso; tu antigua basílica; los torreones melancólicos, que defienden el santuario, en el cual, desde siglos atrás, a despecho de las revoluciones, invasiones y azotes devastadores del mundo, se conservan la tradición y el rito. ¡Cómo cambiasteis de aspecto al primer anuncio de la buena nueva!

¡Eras un sudario y en un momento te has convertido en colgadura de fiesta!

¡Eras una queja y te has trocado en himno!

¡Trasladémonos a las primeras horas de hechizo!
¡Qué de tapices, de banderas, de estandartes! ¡Las campanas al vuelo, el pueblo alborozado! ¡De lejanas

campiñas llegan presurosos los aldeanos, acelerando el paso de los borricos cargados de niños, cuyas manecitas blanden ramas floridas!

Los cingaros disparan sus armas en las murallas, mientras que en las plazas públicas aglomeran las jóvenes aromadas cestas.

¡Ante el arco de la puerta occidental, una muchedumbre conmovida espera incansable a *La* que ha de venir!

¡Todo, hasta el nuevo «barrio europeo» (así le llama este pueblo, como si continuase siendo una horda asiática), rebosa de viajeros, esto es, de turistas excepcionales, que desviáronse de su ruta y vinieron a Sever-Turn para asistir a tan extraordinario y grato suceso!

El hotel de los Balkanes, contiguo al parador de las Caravanas, ha revocado de verde los ventanales, de rosa las paredes y limpiado el pavimento del gran comedor de gala; parece un palacio con su vestíbulo enlosado de pizarra bruñida como el mármol y su gran bandera, recién estrenada, del cónsul de Valaquia, gran personaje que mora en el más lujoso cuarto del primer piso, como corresponde al que reconcentra en su persona toda la representación del cuerpo diplomático.

Aquí se vive en plena civilización, y poco más allá de esta calle, en plena Edad Media.

No dejan de apreciar este *sabroso contraste* los que

recorren nuestro anchuroso mundo con un librito rojo en la mano...

Entremos en el templo. Salvemos los torreones de esta fortaleza, en la que sacerdotes y fieles se aglomeran en masa multicolor en torno del tabernáculo. Los ricos lucen sus más bellas camisas rojas y sus túnicas amarillas y taraceados cinturones..., pero no carecen tampoco de color los andrajos en aquella gama deslumbrante de esplendor.

Bajo un sol tórrido pasan los popes vestidos de negro, y arrastrando largos velos como mujeres enlutadas, llevan iconos áureos... Los hombres se apoyan pensativos en largos báculos y las madres descubren el seno flácido para amamantar al hijo... Un gran alborozo baña todas las caras... Ya llegaron por fin... ¡Van a ver a la adorada reina! Musitan versículos proféticos del Libro de los Antepasados que se les robó...
Aguardan a la *queyra*.

En fin, se les abren las puertas férreas del gran santuario. Penetran en tropel.

Allá bajo, al fondo, el patriarca Feodar, enaltecido con la tiara fabricada antaño en el país de Assur (según reza la tradición), se adelanta seguido de un coro de ancianos. Todos se sientan en sillones de mármol. Los rezos van a empezar tan pronto como se anuncia la llegada de la *queyra* y de su cortejo, al frente de cual va el gran *Coesre* (el que blande el látigo en forma de aspa para flagelar el mundo, especie de minis-

ro de la Guerra). De pronto irrumpe bajo las bóvedas sagradas inmenso clamor al mismo tiempo que llega jadeante y cubierto de polvo el mensajero de la desgracia.

Se arroja a los pies del patriarca.

—La *queyra* nos fué robada por los rumies.

Y aun pudo agregar:

—Pero te traemos a uno de los raptos.

Entonces reinó en el templo espantoso silencio, silencio más terrible que cuanto pueda imaginarse y que formó hórrido contraste con los alaridos de desesperación que empezaban a surgir en los cuatro puntos cardinales de la ciudad maldita.

El patriarca no se dignó siquiera mirar al mensajero que ante sus pies desfallecía de dolor. Se había levantado y esperaba de pie, inmóvil como una estatua y rodeado del coro de viejos, estatuas a su vez, que llegase hasta él con el rumí prisionero el gran Coesre que acababa de entrar en el templo.

—Pues bien: que señale sus huesos—musitó desde detrás de un pilar el señor Nicolás Journesol al ver pasar al cautivo seguido de una turba con aires asesinos.

El señor Nicolás Journesol era «representante comercial», el único comisionista ambulante quizás que viajó el patriarcado, donde realizaba gran negocio con su marca de champán y sus latas de conservas.

Representaba en Sever-Turn y sin competencia a

todo el comercio de Europa, como el cónsul de Valaquia, por otra parte, representaba a la diplomacia de ambos mundos. Vendía de todo y había comprado terrenos en el barrio europeo, que al parecer iba desarrollándose con rapidez desde que una compañía inglesa construyó una carretera que daba fácil acceso a la comarca del petróleo. Era copropietario del «hotel de los Balkanes», palacio sucedáneo del antiguo parador de las Caravanas, cuyo condueño seguía religiosamente sus consejos para atraer y alternar clientela.

Pero volvamos al rumí prisionero, o sea a Juan de Santierne, allí presente y en lamentable estado.

Al entrar en la ciudad estuvo a punto de morir apuñalado y hubo necesidad de llevarle, dando un rodeo, por la muralla, y penetrar con él en el recinto del templo por un acueducto en seco que daba a un patio del santuario, y aun allí hubiera sido lapidado sin la protección del gran Coesre, ministro de la Guerra temido y venerado del pueblo; no porque hubiese ganado muchas batallas, sino porque su manera de blandir el látigo (el látigo que flagelaba al mundo) imponía inmediatamente respeto.

El gran Coesre era, sobre todo, célebre por haber sofocado en días aciagos la rebelión de los *Lingurari*, fabricantes de cucharas y vasos de madera; la de los *Liessei*, la hez de las tribus nómadas, verdaderos vagabundos que, so pretexto de devoción y ejercicios

de piedad, acudían a Sever-Turn para ser alimentados de «gorra», como decía el señor Nicolás Journesol, por los sacerdotes y guardianes del templo.

En fin, conoceremos toda la historia del gran Coesre recordando que se distinguió notablemente en el asunto de los Balogards, clan omnipotente en Sever-Turn, oligarquía conservadora que intentó sobreponerse a los poderes del patriarca. La palabra Balogards quiere decir «ladrones», pero no debe darse a esta palabra ningún sentido peyorativo. Estos Balogards eran elevados personajes, antiguos timadores, que después de haber amasado pacientemente una fortuna recorriendo todos los mercados del mundo, vuelven a su país para gozar tranquilamente del fruto de sus ahorros y de la consideración general.

Tenían mayoría en los consejos de la nación, alardeaban de costumbres austeras y les parecía que el *patriarca era demasiado querido del pueblo*. Pero un día, en plena sesión municipal, el gran Coesre desplegó el látigo que siempre llevaba cruzado, y blandió la correa de modo tan singular, que los Balogards «supieron a qué atenerse».

Desde entonces dejaron en paz al patriarca, y el patriarca adoraba al gran Coesre, con el cual provocaba la lluvia y el buen tiempo en Severn; aunque bien es verdad que en la lluvia, las más de las veces, influía la vecindad de la montaña.

Juan estaba ensangrentado. Con la ayuda del gran Coesre subió acosado por la rechifla de la muchedumbre los peldaños hasta llegar al estrado en que se mantenía erguido el gran sacerdote rodeado del coro de ancianos sentados ya en sus sillas curules.

Detrás iban Sumbalo, Andrés, Suco el calderero y otros que contribuyeron a la captura del rumí. No se vio allí a Zina, que parecía cadáver desde la desaparición de Odette...

Calixta quedó a la zaga y lo presenciaba todo sin mezclarse en nada. Sufrió horriblemente, pues en el fondo de su espíritu luchaba con su odio hacia Juan el remordimiento de haberle llevado con sus propias manos al borde del abismo, en donde iba a arrojarle. Aquel odio tiene mucho de amor. ¿Qué había logrado hasta entonces? ¿Estar segura de la condena de Juan? Sin duda..., pero no gozará de la alegría soñada en el feroz e implacable momento de su primer rencor. Todos saben cuán lleno de contradicciones está siempre el corazón de las mujeres...

—He aquí el culpable—dijo el gran Coesre empujando a Juan ante la presencia del patriarca...

Al punto rompieron el formidable silencio del templo mil voces de muerte, secundadas por el griterío de fuera. Aquel estruendo de trueno, tras el pavoroso silencio con que poco antes se acogiera la nueva del rapto de la reina, erizaba de espanto los cabellos de los más bravíos.

El propio Nicolás Tournesol, hecho a ver otras muertes, susurró entristecido:

—¡Pobre joven!

Calixta desfallecía por momentos.

—¡A muerte, a muerte...!

¿De veras se iba a matar a su Juan? Súbitamente le inundó de horror su obra. Ella soñaba con la muerte de Odette, y era su Juan el que iba a morir.

Impelida por inconsciente impulso, se fué hacia Feodor y se arrojó a los pies del patriarca, gritando, a pesar de ser el único verdugo de Juan:

—¡Piedad para este hombre!

Mil formidables voces de protesta se alzaron mientras que Andrés le tapaba la boca con los puños. El cingaro la arrojó brutalmente por la escalera hasta hacerle morder el pavimento.

Entonces el patriarca, dirigiéndose a Juan, le preguntó:

—¿Niegas haber sido cómplice del rapto de la queyra?

Juan no contestó porque no entendió palabra, pues el patriarca le formuló la pregunta en la lengua sagrada de los cingaros de Transbalkania. Pero Andrés tradujo la frase, y entonces Juan contestó que hizo cuanto pudo, en efecto, para salvar a su novia de las garras de los ladrones, y agregó que, de estar libre, reanudaría su obra. Eso era superfluo, pues no se le preguntaba tanto.

Se acogieron esas palabras con ensordecedor griterío. El tumulto fué tan serio que los guardias apenas pudieron contenerlo.

El patriarca levantó la mano y se le oyó decir:

—Considera que tú y los tuyos habéis cometido contra este pueblo el mayor crimen que pueda imaginarse, y si no nos ayudas a repararlo sobre ti caerá toda su pesadumbre.

—No tengo apego a la vida—replicó Juan—; pero para su gobierno, señor patriarca, le advierto que soy ciudadano francés, y vosotros habéis de responder de mi muerte.

—Responderemos que tu muerte fué un acto de justicia... Vamos, reflexiona; escucha las amenazas de este pueblo, que ya se impacienta. Hemos de dar con nuestra reina, se haya ido o la hayan ocultado. Su destino está escrito, pero el tuyo se está escribiendo... ¿Quieres ayudarnos?

Juan alzó los hombros. Este gesto era un insulto a la majestad del sacerdote y del lugar.

La injuria del rumi desencadenó de nuevo la tempestad. A los gritos de muerte se agregaron ahora otros gritos:

—¡El suplicio, el suplicio!

Unos pedían que se le quemase a fuego lento; otros, que se le cortasen primero los miembros y luego la cabeza; otros exigían que se le crucificase... Los guardias luchaban con la multitud para impedir que asal

tase la tribuna sagrada, y estuvieron a pique de ser atropellados.

El patriarca, impelido por los viejos atemorizados, se apresuró a dictar la sentencia:

—*Te condenamos a morir de hambre.*

Consideraron casi todos blanda la sentencia y muchos protestaron; pero otros la juzgaron muy cuerda y decían que, además de ser muy dolorosa, daba a Juan margen para reflexionar y quizás se decidiera a revelar dónde estaba la *queyra*.

En seguida arrastraron al rumí hacia los subterráneos del templo, y por pasillos oscuros y sofocantes abiertos en la roca le llevaron a la mazmorra del palacio y franquearon una puerta enrejada y entreabierta, largos años en desuso indudablemente, pues un tropel de ratones, que solía aglomerar en este seguro escondite el fruto de sus rapiñas, huyó a la desbandada.

Era horrible este reducto. El gran Coesre lanzó allí a Juan. Allí había de morir el desgraciado joven.

CAPITULO XIV

EN EL CUAL NICOLÁS TOURNESOL CORTEJA A LAS DAMAS

AL entusiasmo que había levantado en vilo a la ciudad, sucedió lúgubre consternación. En segundos cambió la decoración de nuevo. Como por encanto, desaparecieron las brillantes colgaduras con que se atavió la ciudad un momento, y pesó nuevamente su ceño triste, marchito y agrietado sobre el pueblo dolorido. Patearon con rabia las flores del trayecto. Ya no más cánticos ni más banderas. Desde las torres del templo, brazos enhiestos imploraron la misericordia de Dios; pero el cielo, despiadado, de pronto se cubrió con una capa de ceniza, en la cual, al parecer, enterraba complacido todas las esperanzas de la tierra.

El señor Nicolás Tournesol entró en el hotel con paso lento y semblante muy melancólico. Había contado con el júbilo de la coronación para dar a su ne-

gocio un vuelo capaz de asegurarle definitivamente la fortuna. Solía cobrar grandes comisiones, sobre todo en la venta de champán, y esperó con fundamento un desenfrenado consumo de este artículo. ¡Ay! El negocio se frustró y todos sus cálculos se derrumbaron.

Con estos tristes pensamientos entró en el gran vestíbulo del hotel, a la sazón casi desierto, pues todos los turistas habían salido para presenciar los acontecimientos; pero Nicolás Tournesol odiaba la tristeza. Decidió, pues, combatirla con unos fuertes *cocktails* de ginebra, como los enseñó a aderezar a Ladislao Kamenos, condueño del hotel y al mismo tiempo jefe del bar.

Se puso sobre un alto taburete detrás del mostrador de caoba que llenaba el fondo de la sala, y blandiendo una larga cuchara de metal, se disponía a tocar una sonata en los vasos de cristal, cuando apareció en la entrada una señora de porte atractivo, sencillo, pero elegante.

Los dos se miraron.

La mujer continuó su camino y él bajó del taburete:

—Me parece recordar que he visto esa cara en alguna parte...

La extranjera fué a sentarse frente a una mesita provista de escribanía, y cuando iba ya a escribir sus cartas, vió ante sí, erguido, a un muchachote de faz regocijada que la saludó muy rendidamente:

—Perdóneme, señora; pero en Sever-Turn, como en todos los Balkanes, no hay quien me presente; me presento, pues, a mí mismo: soy el señor Tournesol; Nicolás Tournesol...

—¡Dios mío!—dijo sonriente la señora—, no veo en ello inconveniente.

—¿Usted no me recuerda? Tournesol, el corredor de champán, el amigo de príncipes y grandes duques y... sobre todo de los grandes bares... Pasamos una tarde juntos, en compañía de sus amigos, en un suntuoso palacio...

—Cierto, señor; pero yo no frecuento esos establecimientos.

—Al menos esa vez, sí que fué usted. Recuerde, hace cinco años... Usted es la señora de Meyrens.

—¡Ah!, sí, sí; tiene usted razón. Perfectamente me acuerdo. ¡Qué gracioso era usted! Se declaraba a todas las señoras...

—¿Y a usted, señora, me declaré acaso?

—No; a mí, no.

—Pues aún es tiempo—expuso tranquilamente Nicolás Tournesol sentándose sin más remilgos junto a la señora de Meyrens—. Ladislao, dos *cocktails*... Perdón, señora. ¿Sabe usted que es usted muy encantadora?

—¿No tiene usted miedo, señor Tournesol?

—No tengo miedo de nada, con tal de divertirme. Perdón, señora, no quiero ofenderla. Sé a qué ate-

nerme y no seré yo quien le falte al respeto, si le gustan estas bromas.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Y usted?

—Se lo diré en seguida.

—Pues yo también se lo diré al punto: Desde la guerra, que me arruinó, me dedico a todo y vendo de todo. Soy el elemento arterial, por decirlo así, del fabricante, del almacenista y del comerciante al por mayor. Soy el proveedor querido de cajeros y embaladores, de ordinarios y empresas de transportes; el mesías de los fondistas, el déspota de las mesas redondas, el privilegiado del fumadero y el querido de las señoras.

—No espete más—dijo la señora de Meyrens—. Se prohíbe fumar la pipa...

—¡Oh! Bien se ve que es usted mujer de mundo.

—¿Ha mucho que llegó?

—Hace un momento; he venido por ver a la reina; pero parece que no hay reina.

—*Se encontró*—les espetó Ladislao, que venía corriendo de la calle.

Y ordenó con urgencia que se pusiesen de nuevo colgaduras en los balcones, banderas en las ventanas y flores por todas partes.

Tournesol, encendido, brincó sobre el consocio:

—¿Es cierto o no?

—Te digo que se halló a la reina. Un jinete nos la trae, sentada en la silla. La robó a los rumies. La ciu-

dad está de nuevo cambiada de arriba abajo. Aguarde, oiga las campanas...

En efecto; empezaban a repicar a vuelo. Era un repique inaudito, un canto broncíneo de extraordinaria alegría, por encima de inmenso rumor de fiestas.

—Voy a verlo—dijo la señora de Meyrens dirigiéndose presurosa hacia la puerta.

—Espere; iremos juntos... ya no nos separamos—expuo Nicolás Tournesol enlazando su brazo con el de la señora de Meyrens, que no se defendió demasiado.

Minutos después se le escapó entre la multitud; pero él se juró encontrarla.

Ladislao salió veloz hacia el templo. Tras él, toda la dependencia abandonó el hotel.

CAPITULO XV

LA PÁGINA ARRANCADA DEL LIBRO DE LOS ANTEPASADOS

No trataremos de dar una idea de la llegada triunfal de Hubert a Sever-Turn... Entró rodeado de un tropel de bohémios, que vociferaban la noticia antes de franquear los muros. Habían dado a beber a Odette un cordial de los suyos, capaz de resucitar a un muerto. La joven, sin señales de reacción, continuaba en los brazos de Hubert, que desde lo alto de la silla iba enseñándola a todos, como un paladión recién hallado. Algunas palabras cíngaras, oportunamente aducidas al exhibir a la virgen anunciada por las Escrituras, avivaban el delirio de las muchedumbres.

Todos creyeron a Hubert auténtico gitano de pura raza, un hermano.

—¡Se halló a la *queyra!* ¡Se halló a la *queyra!*

La primera persona que se arrojó a los pies del ídolo al entrar en el templo, fué Zina. Odette fué, más bien que conducida, llevada ante la presencia del

sumo sacerdote Feodor, que la recibió en sus brazos temblorosos de emoción y de respeto; devotamente la fué sosteniendo hasta sentarla en el trono de marfil que le habían deparado, y, ya sentada, el sacerdote se arrodilló ante ella tres veces, murmurando fórmulas tradicionales.

Tres veces a su ejemplo se arrodilló también el pueblo, y tres veces se levantó, entonando el hosanna de victoria con que termina el himno a Debla, el dios de la luz.

Entonces Hubert se acercó al patriarca, y, al pedir que le concediese la palabra, Andrés a su vez se adelantó y dijo:

—Este es un impostor y un sacrilego. No es un gitano. Es un noble rumí de Santas Marías del Mar, y Sumbalo y Suco, el calderero, reconocerán en él al auténtico raptor de la reina.

Dicho esto, dejó caer su mano brutal sobre el rostro pintarrajeado de Hubert, y le arrancó la barba, de lo que provino gran alboroto y confusión.

Pero Hubert, impasible ante el ultraje, cruzó los brazos y dijo:

—¡Yo conocía la conjura urdida contra la *queyral*. Entré en ella para frustrarla y traeros personalmente a *La* que esperabais.

—Y ¿cuál era tu propósito al obrar así?—preguntó el patriarca, que desde el principio del incidente tenía clavada su mirada severa en el extranjero.

—¿Y tú me lo preguntas?—exclamó Hubert—. ¿Has olvidado el texto sagrado *es menester que las profesas se cumplan?*

El patriarca entonces extendió los brazos y levantó su hermosa cabeza encanecida, su frente iluminada por súbita inspiración.

—Este hombre no miente... Este hombre es el enviado de Santa Sara—exclamó.

—Miradme, ancianos—repuso Hubert—. ¿Ninguno de vosotros me reconoce? Ha dos años, uno de vosotros, víctima de la peste, me confió *El Libro...*; si vive, que se adelante... y si ha muerto, que salga de la tumba.

—¿Eres tú, eres tú, pues, aquel de quien me habló, antes de expirar, mi viejo amigo el pope Antísquines? ¿Eres tú a quien confió el libro?

—¿Dónde está el libro?—preguntó el patriarca.

—Me lo robaron—respondió Hubert—los rumíes fugitivos del país... En vano lo busqué, pero logré hacerme con la página más apreciada, que le arrancaron.

Apenas pronunciadas estas palabras, presentó la página sagrada al patriarca y al consejo de ancianos que en torno suyo se apretujaba.

Entonces el patriarca leyó con voz resonante, oída hasta en los confines del atrio sagrado:

La Hija de la Raza, señalada con el signo de la corona, será raptada por los rumíes...

Pero un rumi la devolverá a la ciudad para que sea proclamada queyra y él rey. Y así, por esta unión, se regenerará la raza.

Estentóreos clamores acogieron la lectura del texto sagrado... Diez mil voces gritaron:

—¡Estaba escrito! ¡Estaba escrito!

El patriarca, cogiendo de la mano a Hubert, le llevó al lado de Odette, que presenciaba la escena formidable de la que era protagonista como un icono, tan insensible, al parecer, como el marfil de su trono.

—¡Es el Rey del mundo el que le proclama rey de la Tierra!—exclamó el sacerdote—. ¡Este será tu esposo!

Ahora bien; en este momento estallaron gritos, protestas, lloros de niños, lamentos de mujeres atropelladas, que se levantaron amenazadoras contra el vendaval que las había tumbado.

El vendaval no se detuvo hasta que llegó ante el patriarca.

El vendaval era Rouletabille.

—Perdón, señor patriarca—dijo—; necesito decir algo antes de que se celebre la ceremonia.

CAPITULO XVI

LA SEÑAL DE LA CORONA

El tumulto que surgió fué inmenso. La asamblea prorrumpió en anatemas, y los guardias hubieran caído sobre Rouletabille si un gesto augusto del patriarca no le ampara.

Andrés, Calixta, Zina y toda la banda de Sumbalo, hablaban o, mejor dicho, vociferaban a la vez enseñando los puños a Rouletabille.

Odette, despertando del sueño en que parecía anadada, se levantó, tendiendo los brazos hacia aquel rayo de salvación, ¡Rouletabille!, pero cayó de nuevo al punto en el sopor, como si hubiera sólo rozado la realidad, como si aquella imagen, surgida del fondo de la pesadilla, fuese también vano humo.

El gran Coesre, con el ceño de los días aciagos, corrió a ponerse junto al joven audaz que se había atrevido a violar el recinto sagrado.

En fin, cuando se apaciguó un poco el tumulto, se

llegó a oír, pero no a entender. Rouletabille se expresaba en la lengua de los *gachís* (viles extranjeros), desconocida por casi todos. El patriarca apeló a las luces de un docto anciano, con antiparras, que se pasó la vida en las bibliotecas y era casi poliglota. Por este intérprete oficial pudo todo el pueblo aprehender la significación de la conversación entablada.

Rouletabille, cual fatídica Casandra o como otra Zina, predijo al pueblo cingaro las peores calamidades, si el patriarca y el consejo de ancianos daban remate a la obra criminal por otros empezada... Y declaró con acento de profunda convicción que el Dios de los romanchos, que era el mismo de los rumies cristianos y sobre todo de los rumies de Francia (que fueron los primeros en erigir un templo a Santa Sara, la más gloriosa sierva de Dios y protectora de la raza), infundió demasiada cordura al sumo sacerdote y demasiada inocencia al corazón de su consejo para que se hiciesen cómplices de un sacrilegio.

—Este joven habla como un diplomático—dijo confidencialmente el gran sacerdote al consejo de ancianos—. Hemos de desconfiar.

Y en alta voz repuso:

—Habras de sacrilegio... y hasta ahora sólo veo el que tú has cometido penetrando en el recinto vedado...

—Santa Sara me lo perdonará, pues sabe que he venido aquí para traeros la verdad,

—Me pareces muy bien avenido con Santa Sara—replicó Feodor, mordaz—, y eres para mí un solemne parlanchín. En Sever-Turn se aprecia la concisión. ¿A quién acusas de sacrilego?

Rouletabille, volviéndose hacia Calixta, Andrés y Zina, dijo:

—A estos tres.

Inmediatamente los tres protestaron como energúmenos.

—Hay sacrilegio—repuso Rouletabille, inmovible—cuando tres granujas, invocando un texto sagrado, abusan de la credulidad de un pueblo dándole gato por liebre...

—¿Gato por liebre? ¿Qué quiere decir esto?—preguntó gravemente el patriarca...

El docto viejo, ratón de biblioteca, hubo de confesar que escapaba a su saber el cabal sentido de tan rara expresión. Nunca la leyó en libro alguno. Además, nunca la había oído en los medios diplomáticos que frecuentaba (esto es, en casa del cónsul de Valaquia).

—Esto quiere decir—acabó Rouletabille por espetarles—que os han hecho tomar a la señorita de Lavardens por la *queyra* anunciada por las Escrituras. Ahora bien: la señorita de Lavardens es víctima de los celos de esa Calixta, que está enamorada del novio de la señorita de Lavardens...

—¡Mentira! ¡Mentira!—exclamó Calixta.

—Si vienes a decir tales *sobradas*... (al pie de la letra, semejantes patrañas)—empezó a decir un noble anciano.

—¡Que la *zarapia* se te lleve! (la peste).

—No soy muy docto—repuso con amargura y en tono de fingida humildad el ratón de biblioteca, que tenía una voz de barítono capaz de llegar hasta lo más recóndito del templo—. No soy muy docto... (aún le estaba dando vueltas en el magín a la frase *gato por liebre*), pero creo que esto se llama en francés *potins* (chismes).

—Es preciso de todos modos que sepáis por qué se os ha engañado, y no puedo decíroslo por parábolas—subrayó Rouletabille muy enojado y molesto en el fondo por el desprecio con que se acogían sus acusaciones—. Sin aquella añagaza, la señorita de Lavardens seguiría hoy viviendo en Francia, su patria, que le reclama, y a la que no tenéis el derecho de hurtarla.

—La señorita de Lavardens es cingara, según la ley cingara.

—Es francesa, según la ley francesa.

—Su madre era cingara—proclamaron cincuenta voces.

Los ancianos testificaron a su vez:

—Yo conocí a su madre.

Y uno dijo:

—Tuve en mis brazos a su madre, siendo niña.

La más encolerizada era Zina, que señalaba su flácido seno, que amamantó a la *queyra*.

—Cuando su *raya* murió, yo fui su *raya* (su madre). Pero el extranjero nos la robó, y yo seguí al extranjero...

—*Tú seguiste al extranjero*—aulló Rouletabille—, y en tantos años no dijiste palabra, sabiendo que los cingaros, tus hermanos, buscaban por todas partes a su princesita... Si hubieras sabido que era realmente la *queyra*, ¿permanecieras muda tanto tiempo?

A este argumento fulminante sucedió asombroso silencio. Todos los ojos se clavaron en Zina, que permanecía callada y anhelante. La vieja sabía que aquel silencio la condenaba. Ocultó la frente con sus manos enloquecidas, y advirtió cómo hasta su cabeza ascendía amenazador murmullo...

—Empiezo a asirme a buen cabo—se dijo Rouletabille—. Aprovechémonos... Peguemos fuerte con la contera de la razón.

—Vuelvo a decir—dijo con voz lo más atronadora que pudo—por qué has permanecido callada tantos años. Callaste porque sabías que esa joven no era la princesa esperada, pues no llevaba en la espalda la señal predicha, la señal pronosticada por las Escrituras... La señorita de Lavardens no tenía el signo de la corona.

Un inmenso lamento ascendió, lúgubre, hasta las bóvedas.

El pueblo empezó a gemir desesperado.

—No tiene la señal; no tiene la señal—murmuró dolorosamente.

—¿Que no tiene la señal?—exclamó Calixta, interponiéndose entre Rouletabille y Zina, cuya debilidad temía—. ¿Has dicho que no tiene la señal?

En este momento se percibió una dulce vozecita, áureo acento, que parecía salir de boca marfileña. Otra vez se anunció el icono y Odette se irguió. Con paso seguro, con paso de sonámbula, se dirigió la vieja, y la vozecita exclamó:

—¿Una señal? No tengo ninguna señal.

Entonces Calixta, como una furia, se abalanzó sobre la joven y, con gesto feroz, le arrancó el tul que flotaba sobre su espalda...

—Ved—exclamó—; ved si no tiene la señal de la corona.

El único que no parecía muy conmovido por este incidente, contra lo que era de esperar, fué el propio patriarca, pues antes de sentar a Odette en el solio real, tuvo la precaución de comprobar rápidamente por sí mismo si tenía la señal sagrada... Creyó deber suyo no mostrarla al pueblo sino en el momento solemne de la coronación; pero los acontecimientos se le adelantaron y ahora comprendía que era preciso someter inmediatamente la impostura al fallo del pueblo.

—Tiene la señal—proclamó—; regocíjate, pueblo: tiene la señal.

Todos se abalanzaron. Todos querían ver con sus ojos la sagrada marca. Todos querían tocar aquel sello de la alianza con la divinidad y comprobar también que el signo no era un embuste más..., que no era tatuado ni hábil fabricación, sino el signo más natural del mundo, uno con la carne y nacido con la carne...

Entonces, comprobada la impostura, todos se volvieron hacia el impostor; pero el impostor había desaparecido.